

T

ania se quitó el arnés sin dar crédito a lo que estaba viendo. El descenso había sido limpio y rápido, aunque la altura de la bóveda era bastante considerable.

Al principio la oscuridad era absoluta, y después, la luz de las linternas no dejaba apreciar la sorprendente luminiscencia natural de la caverna, ya que en esta zona no era muy intensa. Pero cuando las hubieron apagado por indicación de Zoe, el espectáculo resultaba poco más que sorprendente.

-¡Cielo santo! -exclamó Tania-. ¡Quiero una muestra de ese mineral, hay que averiguar qué es!

-Ya la hemos tomado -dijo Zoe-. Es algo que está mezclado con la cal. Cuando llegemos a Kazán podremos analizarlo mejor, pero en principio yo diría que lo que sea, procede de las capas superiores, tal vez de la superficie, y se mezcla con la cal arrastrada por el agua cuando ésta se filtra, yendo a formar parte de las mismas formaciones de la gruta. Es extraordinario.

Zoe era un joven elfano bastante apuesto, volcado siempre en su trabajo como ayudante de Tania, la antropóloga más conflictiva tal vez, del mundo entero.

Estaba convencida de que el origen de la civilización provenía de otros mundos, más allá de las estrellas, y estaba dispuesta a demostrarlo como fuera, a pesar de las constantes burlas y críticas de todos, incluso de sus propios colegas.

En la universidad donde daba clases, tenía prohibido siquiera mencionarlo o hacer la más mínima referencia, pero sus alumnos ya conocían las extrañas teorías de su catedrática, por lo que siempre surgía algún comentario al respecto, lo que hacía que luego fuera amonestada por la rectora cuando ésta se enteraba. Y siempre se enteraba.

De sus alumnos, la mayoría se lo tomaban a burla, pero algunos habían sido fascinados por aquellas teorías tan sorprendentes como atractivas, dado que aún existían muchas lagunas sobre el origen real de la humanidad (más allá de las religiones), y aquella idea, daba siempre una posible respuesta donde de forma racional no la había.

Zoe fue uno de aquellos alumnos. Cuando acabó el nivel superior de sus estudios, solicitó un puesto de ayudante, y Tania se las ingenió para que ocupara la vacante que ella tenía. A Zoe le entusiasmaba poder descubrir nuevas y enigmáticas pruebas que desbancaran las teorías aceptadas oficialmente.

Delenther, el otro elfano que les acompañaba, era sin embargo menos entusiasta. Apenas tenía estudios, y trabajaba como peón menestero en las excavaciones y campamentos de investigación, simplemente porque tenía un instinto natural para descubrir restos donde nadie parecía verlos.

Pero la explicación, si la había, sobre la procedencia de aquellos restos, le daba enteramente igual. Se limitaba a hacer su trabajo, y cobrar a fin de mes.

Después de un pequeño reconocimiento previo, los tres elfanos de sonrosados cabellos recogieron los cordajes sobrantes, los dispusieron a un lado con los arneses, y se internaron lentamente siguiendo las indicaciones de Delenther.

Como siempre, iban bien preparados con equipos de espeleología, ropas de tejidos muy resistentes y cascos con linternas incorporadas, que ahora llevaban apagadas, sirviéndose únicamente de la verdosa luz natural.

-Lo que vas a ver ahora es impresionante y por mucho que se describa con palabras, no puede uno imaginárselo -explicaba Zoe.

Efectivamente, en pocos minutos llegaron a lo que debía ser la sala principal de la gruta. Tan inmensa, que a pesar de la luminosidad, aquí más intensa, que se propagaba por toda la bóveda, no alcanzaban a ver el otro extremo. El techo se levantaba a casi unos cien metros y lo más increíble lo tenían frente a ellos: una ciudad.

Una gran ciudad capaz de haber albergado en ella a miles de habitantes, con sus calles perfectamente trazadas, sus edificios de una o dos plantas, incluso hasta cuatro en algunos casos, y que se hallaba en un estado relativamente intacto.

Tania se había quedado muda ante el impacto de aquella visión. Sacó su cámara fotográfica y se puso a sacar fotografías una tras otra, como temiendo que todo fuera a desaparecer de un momento a otro y perdiera así la posibilidad de demostrar que algo así existía.

-Tenías razón Zoe. Es lo más increíble y espectacular que la antropología haya encontrado jamás.

-Hay muchas más cosas sorprendentes -explicaba Zoe-. Por ejemplo, aún pueden encontrarse multitud de objetos y utensilios de uso cotidiano. La gruta, a pesar de su humedad, ha actuado como protectora de otros elementos más agresivos, como la fuerza de la lluvia o del viento, por lo que muchas cosas se han conservado increíblemente bien, a pesar de los cinco o seis mil años que nos separan.

Tania comenzó a caminar con ansiedad en dirección a la ciudad, y sus dos compañeros le siguieron. Necesitaba verse rodeada por sus calles, sus edificios, y sentir que realmente estaba allí, que no era un sueño.

-Sólo hemos echado un vistazo rápido, sin tocar nada -continuaba Zoe-. Queríamos esperar a compartir contigo el resto del descubrimiento.

-Sus habitantes eran de corta estatura -añadió Delenther-. Y construyeron toda una red de túneles inútiles en todas direcciones.

-¿Túneles inútiles? -preguntó Tania extrañada-. ¿A qué te refieres exactamente?

-Recorrimos varios de ellos. Nos llevó mucho tiempo. No hay fluorescencia en ellos, aunque sí indicios de lámparas de aceite colgadas en las paredes. Muchas de ellas aún se hallan donde las dejaron. El hierro se ha corroído, pero los cristales se conservan muy bien. Pero los túneles no conducen a ninguna parte, se acaban de repente y no hay salida.

-Probablemente estaban a medio construir -sugirió Tania sin dejar de mirar en derredor suyo cuando alcanzaron las primeras casas-. ¡Esto es alucinante!

-Eso mismo pensamos nosotros -confirmó Zoe prosiguiendo con la conversación-. ¿Pero todos a un tiempo? No los hemos recorrido todos, pero hasta ahora, el resultado es el mismo. No hay un sólo túnel que desemboque en alguna parte. Al menos los seis primeros que conocemos. Creíamos que serían una forma más fácil de llegar hasta aquí sin tener que descolgarnos por el techo de la estancia contigua.

Pero a Tania no parecía importarle aquello ahora. Miraba en derredor suyo, caminando boquiabierta por aquellas calles anchas, imaginándose a sus habitantes en su ajetreo diario y preguntándose por qué en aquella gruta y no en el exterior.

Históricamente, se sabía que los antiguos enanos, hoy reducidos

a una minoría con tendencias a desaparecer confinados en barrios marginales, vivían en grutas artificiales, creadas por ellos mismos.

Pero eran grutas relativamente pequeñas, como una prolongación de las minas en las que trabajaban en busca de minerales y metales nobles. Nunca se supo de una tribu de enanos que construyeran una ciudad tan colosal en las entrañas de la tierra.

Aquello no tenía pinta de ser una mina, sino un simple pero espectacular asentamiento.

Evidentemente, disponían de amplios conocimientos como para poder construir algo así. ¿Un pueblo primitivo instruido por seres alienígenas? ¿Pero por qué bajo tierra?

No pudo evitar la tentación de introducirse en el interior de una de aquellas casas bajitas, procurando no erguirse por completo para no tocar con la cabeza en el techo. Todas las estancias perfectamente delimitadas, con ventanas o conductos de ventilación al exterior.

Le llamó la atención una que presentaba un largo reposadero en cuyo centro, dos delgadas paredes aislaban un pequeño receptáculo en cuya superficie, la piedra estaba totalmente carbonizada. Y además, justo sobre ésta, arriba, en el techo, se habría un estrecho túnel vertical también totalmente carbonizado.

-¡Una cocina! -exclamó llena de admiración-. ¡Por todos los cielos, es una cocina!

Sus dos compañeros, que la seguían a su espalda, se aproximaron para echar un vistazo, tan fascinados como ella.

-Es impresionante además -comentó Zoe-, con qué firmeza se sostienen aún los techos, sin un solo indicio de desplome.

-Eran sin duda auténticos genios de la arquitectura -añadió Tania disparando una y otra vez su cámara-. Y probablemente descubramos que también lo eran en otras cosas.

-¿Piensas lo que yo? -preguntó Zoe.

-Por supuesto. Una cultura primitiva llena de grandes conocimientos, ¿de dónde los adquirieron?

-¿Por qué no de ellos mismos? -preguntó Delenther con ánimo de opositar contra la teoría alienígena.

-Porque una civilización contemporánea de los antiguos indígenas semielfos, que poblaron esta parte del mundo desde hace miles de años y hasta hace casi trescientos, cuando fueron descubiertos y apresados como esclavos, no tiene sentido que sean más inteligentes